

JAMES POTTER

Y EL
HILO CARMESES



5

G. NORMAN LIPPERT

JAMES POTTER
Y EL HILO CARMESÍ
G. NORMAN LIPPERT

CARIÑOSAMENTE BASADO EN LOS MUNDOS Y PERSONAJES DE J.K. ROWLING

© G. NORMAN LIPPERT, 2017



Capítulo 21

Desintegrando Planes

—¿No deberíamos estar en la cima de la Torre Sylvven, señor? —preguntó James mientras seguía a Merlín por el vestíbulo. Los estudiantes se acordonaban en desesperados y susurrantes grupos, juntándose alrededor de las puertas principales y espiando, algunos con temor, otros con emoción nerviosa. Brillantes y grandes ojos se volvieron para seguir al director mientras él separaba a la multitud, caminando derecho hacia las puertas abiertas y al patio crepuscular de adelante.

—Como estoy absolutamente seguro de que sería inútil enviarlos a todos a sus salas comunes, —afirmó sin romper el paso, —Por lo menos respeten la confianza y la gravedad de nuestros huéspedes al quedarse dentro y en silencio. No necesito recordarles que los centauros son criaturas solemnes que no soportan ofensas a la ligera. —con una voz más tranquila, dijo a James, —La Torre Sylvven es el lugar tradicional para reuniones como estas, pero no fue construida con centauros en mente. Las muchas escaleras serían una injusticia y un insulto.

El aire de más allá de las puertas abiertas todavía estaba cálido con la luz del sol, pero rodaba con caprichosas brisas nocturnas. James se detuvo en el escalón superior mientras Merlín avanzaba lentamente, moviéndose para saludar a sus invitados con gracia majestuosa.

El patio estaba lleno con centauros, casi de pared a pared.

James nunca había visto tantos a la vez, nunca había imaginado que podría haber tantos reunidos en un solo lugar. Sabía que el congreso oriental de los centauros del bosque debía incluir más que a Firenze, Bane, Ronan y los pocos que había conocido o vislumbrado en raras ocasiones. Y, sin embargo, la vista que tenía ante sí le aturdió la mente. Parte de su temor estaba en el peso de las centenas de miradas glaciales, todas mirando hacia las puertas en líneas y filas, lo que correspondía a alguna jerarquía secreta que James no podía comprender. Parte de ello era el arsenal de armamento que se exhibía: enormes arcos y bastones, sables y dagas adornadas a mano, ninguno blandido, sino sostenido en dispuestas o gastadas y desvencijadas correas y vainas de cuero. Y parte de ello era que, por primera vez, estaba viendo a mujeres centauro. Estaban vestidas igual que los hombres, pero con cuerpos más ligeros y, si acaso, con portes aún más reales, con el mentón inclinado y los ojos grandes y graves.

Pero la mayor parte de la temida reverencia que la colonia inspiraba, sin embargo, estaba en la rareza de su marcha en números como esta. Los centauros eran criaturas escurridizas y secretas, que preferían mucho su propia sociedad a la de un hombre o un mago y, por lo tanto, defendían ferozmente sus tierras y su cultura de ojos curiosos. Sin embargo, aquí estaban todos, exhalando una sensación de superioridad tan distante y cautelosa, tan espesa que parecía oscurecer el aire mismo.

James buscó a Magorian, su viejo líder, pero no pudo encontrarlo en sus filas.

Alguien corrió al lado de James, y luego pasó junto a él, bajando los escalones para unirse a Merlín mientras se acercaba a la fila principal de centauros. Era la profesora McGonagall, por supuesto, vestida con una sorprendente capa acolchada con un chal de tartán apretado alrededor de sus hombros, su pálido sombrero oscilando tortuosamente. Ella le devolvió la mirada brevemente con ojos agudos, y le asintió con brusquedad hacia delante. James se apresuró a unirse a ellos, llegando por el lado izquierdo de Merlín, mientras McGonagall estaba parada a la derecha.

Al unísono, ella y el director se inclinaron. Era un movimiento rígido, doblado en la cintura, pero lento y deliberado. James se apresuró a imitar su movimiento, sintiéndose incómodo y lamentablemente honrado.

—Salve, nobles habitantes del bosque, su dominio, —anunció Merlín, enderezándose. —¿Está Magorian entre ustedes? ¿O a quién debo dirigir el tributo?

—Magorian ya no está más, —contestó uno de los centauros cercanos. Era alto incluso para los estándares del centauro, con los flancos grises y moteados y la piel de marrón profundo de la cintura para arriba. Su cabello gris estaba suelto y largo, colgando alrededor de sus hombros en andrajosas cuerdas y cintas. —Yo soy Jakhar, su sucesor y líder de esta colonia. Paga tu tributo a mí, Pendragon Merlinus, y danos la bienvenida, porque venimos con una advertencia y una promesa.

—Lord Jakhar, venerable líder de un pueblo noble, —reconoció Merlín con una inclinación de barbilla.

El rostro de Jakhar se hizo más duro y sus ojos se estrecharon. —Podemos ser nobles, pero personas no somos, en lo que respecta a tus propios líderes. Llamadnos bestias, porque ese es el título que preferimos, para que no caigamos en la misma categoría que las otras criaturas odiosas sobre las que han otorgado el título de "seres".

McGonagall respondió, —Una lección de historia con la que todos estamos familiarizados. ¿Es evidente que nos recuerda esta distinción por una razón?

—Así es, —Jakhar estuvo de acuerdo. —La noticia en vuestro mundo seguramente confirma lo que hemos adivinado en la Danza de los Ancianos. Su error al acoger a las criaturas menores en su sociedad ha llegado a su consecuencia inevitable. Viejas brujas, vampiros, duendes y otros bichos semejantes han corrompido su cultura hasta su fundación. Y ahora ellos amenazan con incurrir y derrocar a la no mágica civilización humana también.

—Una exageración, tal vez, —Merlín se defendió suavemente. —Pero una preocupación que estamos tratando de abordar. A pesar de la objeción Centauri, hay muchos individuos de esas especies que no solo apoyan nuestras leyes y la sociedad, sino que repudian las acciones de sus rebeldes hermanos. El venerado Magorian y yo mismo debatimos este tema detenidamente, y aun él, tarde en su vida, comprendió el error de condenar a toda una población por sus peores miembros.

—Una opinión de la cual se retractó en su día final, —Jakhar se erizó, golpeando su casco. —La claridad de la muerte iluminó su ojo interior y vio la verdad: una fuente que solo está medio envenenada aún matará a los que beban de ella. Una manzana que solo está medio podrida todavía estropeará el lote. La humanidad no ha podido protegerse del veneno y la putrefacción de las criaturas menores. Y ahora la civilización humana es como una estatua de oro con pies de barro, agrietada y lista para colapsar.



—Este es un debate antiguo, —comentó McGonagall con suavidad, aunque un poco cansada, —y que no satisfaremos este día. ¿Cuál es su advertencia, Lord Jakhar? ¿Y cuál es su promesa?

Jakhar miró a McGonagall cuidadosamente, y luego cambió su mirada a Merlín, y luego a James. —Nuestra advertencia es simple e irrevocable, y es esta: la era del Hombre ha terminado. El Mundo Mágico puede estar ciego a esta verdad, pero nosotros los Centauros hemos observado la espiral de la humanidad durante décadas. Sus hermanos no mágicos hacen guerra unos contra otros con armas cada vez más terribles. Crecen arrogantes en el poder, borrachos en la tecnología, y perezosos en la diversión. El círculo de su era se cierra más a cada ciclo, devorándose a medida que aumenta la velocidad. Hemos observado esto y demostrado tolerancia, sabiendo que tales portentos monumentales requieren garantía absoluta antes de la acción. Pero los signos han culminado. El punto de certeza es pasado y ha llegado el momento de actuar. El hombre ya no puede disfrutar de la libertad de autogobierno. Así nosotros, los Centauros y nuestros aliados, montaremos una revolución en las ciudadelas del gobierno humano. Los salvaremos de ellos mismos. Erradicaremos la putrefacción que los ha acosado en su ignorancia y les concederemos la seguridad de una sabia regla, de una vez por todas, bajo un verdadero y prudente dominio.

—¿Van a tomar el control de los gobiernos humanos? —exclamó James, poco dispuesto a creer que había oído bien.

—Es la única manera de equilibrar la colisión de los destinos. —Jakhar asintió, mirando a James con gravedad. —La influencia de la humanidad ha crecido demasiado poderosa para no arrastrar al resto de nosotros a su propia destrucción.

La voz de McGonagall era estridente con cólera contenida, —La humanidad puede ser inestable, pero al borde de la destrucción simplemente no lo está. Nosotros, brujas y magos, aprendimos hace mucho tiempo que el poder no da el derecho de tomar decisiones en nombre de una cultura y personas independientes.

—De hecho, madame Profesora, —explicó otro centauro, una hembra que se encontraba a la izquierda de Jakhar, —es el *fracaso* del mundo mágico de tomar decisiones en nombre de los pueblos menores, que ha llevado a esta inminente catástrofe. Los Centauros no repetiremos ese error.

—¿Qué tan pronto? —fue Merlín quien preguntó, su voz era infaliblemente tranquila y medida como siempre. —Sabemos que los Centauri no actúan sin mucha planificación, adecuada preparación y una justa advertencia. Reconocemos su advertencia y preguntamos: ¿cuánto tiempo tienen la intención de moverse sobre el



mundo Muggle y sus gobiernos? Preparémoslos para su fuerza y su manera, así menos de ambos lados podrían ser dañados.

El centauro femenino parpadeó a Merlín, y luego apartó la vista hacia Jakhar, que se movía sobre sus cascos, su cola golpeaba incesantemente contra sus flancos.

—Usted no entiende, Merlinus, —dijo, bajando su voz a un tono confidencial. —No es el mundo Muggle que pretendemos. La advertencia no es para que usted se las pase a ellos, sino para el propio Mundo mágico.

James sintió una ola de frío caer sobre él mientras miraba al solemne centauro, de pie a la cabeza de sus líneas y filas de sombríos guerreros.

Después de una pausa larga y sin aliento, la voz de Merlín fue sombría. —Ya veo. Ustedes tienen la intención de moverse sobre los bastiones de la regla mágica. Porque creen que hemos fracasado en nuestros deberes hacia la humanidad en su conjunto.

El centauro femenino alzó la barbilla. —Los que ustedes llaman Muggles son su carga. Siempre ha sido su deber protegerlos de ellos mismos, y de lo peor de su propia especie. Ustedes no han hecho nada. No se puede decir que su misión haya fracasado, porque nunca la habían aceptado. Y ahora, los Centauri no tienen más remedio que aceptar el manto de la responsabilidad. Vamos a establecer la regla que han ignorado, y lo haremos primero con ustedes y su pueblo. Su Ministerio se someterá a nosotros. Sus líderes estarán sujetos a nosotros. Y esta escuela, —sus ojos afilados desafiaron la mirada de Merlín, —será nuestra primera fortaleza.

Merlín simplemente asintió, lenta y pensativamente. —Su advertencia se recibe con respeto, —dijo. —¿Y su promesa?

—Que ningún cabello en una sola cabeza será dañado siempre y cuando nos encontremos con el respeto y la obediencia que requerimos.

Merlín asintió de nuevo, aún más lentamente.

—Eso es un requisito *bastante* estricto, —dijo McGonagall, su voz callada. —La sumisión a las fuerzas de ocupación no es algo que viene naturalmente a la mayoría de nosotros.

—Y es por eso que ofrecemos nuestra advertencia, —respondió Jakhar. —Porque el día de nuestra venida no es hoy. Pero será pronto. Aborrecemos la violencia. La aborrecemos tan fuertemente que cuando se nos obliga a pelear, lo hacemos con la ferocidad y la perversidad de la convicción, para que pueda acabarse lo antes posible. Los que le hagan frente a los centauros no lo harán de nuevo. Esta es la única manera de

acortar el tiempo de la violencia. Hagan lo que deban para asegurar que no se llegue a eso.

Sin esperar una respuesta, Jakhar y sus acompañantes se giraron, sus cascos golpearon en las losas, y caminaron regimiento de regreso hacia las puertas del patio abierto. Las filas detrás de ellos se separaron suavemente, formando una calle silenciosa para que pasaran.

McGonagall se giró hacia Merlín, con los ojos afilados, pero no dijo nada. Merlín se limitó a mirar a los Centauros que salían. Salían fila por fila, de adelante hacia atrás, pasando por la puerta y entrando en el anochecer. Cuando la última de ellas salió, cuatro de costado, con sus colas moviéndose inquietas y sus cabezas levantadas, Merlín finalmente habló.

—Deberíamos hablar con nuestros amigos Sirenios. Les explicaré que nuestra torre de vigilancia no estaba destinada a ellos, pero que la trasladaremos por respeto a sus preocupaciones.

—Director, —McGonagall susurró con dureza, su mirada todavía afilada. —¿Qué vamos a hacer? ¡Los Centauros quieren tomar la escuela! ¿Es posible que puedan romper nuestros límites si llegan a la fuerza?

—Los centauros no amenazan, profesora, —respondió Merlín. —Si declaran una intención, debemos confiar en que tienen los medios para lograrlo. —bajó los adoquines y caminó hacia la puerta, aparentemente dirigiéndose hacia el lago para conversar con la Gente del agua. James y McGonagall lo siguieron.

—Seguramente, debemos informar al Ministerio inmediatamente, —dijo McGonagall con su voz baja y seria. —Esto es un asunto terrible.

—De hecho, profesora, —dijo Merlín mientras pasaba por la puerta y se volvía hacia el lago de abajo, donde brillaba con la luz cobriza del atardecer, —creo que podemos contar con nuestras estrellas de la suerte.

James miró al gran hombre, frunciendo el ceño. —¿Suerte? ¿Cómo es que ser invadidos por los Centauros es tener suerte?

—Por dos razones. Primera, porque los Centauros miden el tiempo en años, no en minutos. Puede ser que ataquen mañana, o en décadas. Probablemente, hay suficiente tiempo para prepararse. Y segunda, porque en realidad podrían haber elegido invadir primero a los gobiernos Muggle. Con la tierra equilibrada tan precariamente como lo está, eso seguramente habría inclinado las escalas del destino hacia un colapso irreversible. Como es, hay un fragmento de esperanza.



—Me atrevería a no verlo, —musitó McGonagall y sacudió la cabeza.

Merlín la miró y luego a James. Algo brilló en su ojo, un centelleo siniestro y malicioso, agrietando su fachada de calma pedregosa. Tranquilamente dijo, —Eso es porque no recuerdan la diferencia más importante entre el mundo no mágico y el nuestro. A diferencia de nuestros amigos Muggle, cuando nos enfrentamos a un enemigo mágico, *somos capaces de contraatacar.*



No tenía sentido que James les contara a Rose, Ralph, Scorpius o cualquier otra persona acerca de la cumbre del Centauro, ya que toda la escuela había estado observando sin aliento desde las puertas abiertas y las ventanas circundantes. Merlín hizo un anuncio luego de unos minutos de su reunión con la Gente del agua, difundiendo su voz a través de la escuela mientras todos corrían a sus salas comunes, callados y expectantes con temblorosos murmullos.

—Atención estudiantes y facultad de Hogwarts, —sonó su voz desde todas las paredes, resonando en cada superficie plana, como si toda la escuela se hubiera convertido en una caja de resonancia mágica que probablemente tenía. —Como ya saben, la Gente del agua ha sido apaciguada, mientras nuestros amigos Centauros del Bosque Prohibido han expresado su profunda preocupación por el bienestar del mundo humano, tanto sus homólogos mágicos como los Muggles. Es posible que hayan escuchado que creen ellos que pronto será su responsabilidad gobernarnos a todos, y que vendrán con fuerza para imponer ese gobierno, empezando aquí, con esta escuela. No lo han entendido mal. Pero les aseguro: la diplomacia gobernará el primer día. Los Centauros son criaturas eminentemente pensativas, sujetas por la emoción. Los embajadores del Ministerio seguramente serán despachados esta misma noche para negociar con los Centauros, y esas negociaciones indudablemente, en parte por su diseño, y en parte por su propia naturaleza, llevarán mucho tiempo. Es posible que



llegue el día en que la diplomacia fracase y los centauros invadan Hogwarts. Pero espero dos cosas para cuando ese día llegue: ustedes ya no estarán aquí, y nosotros estaremos preparados para resistirlos. No teman, estudiantes. Asistan a sus estudios. El destino del mundo puede que no repose en que terminen su tarea, pero el destino de su futuro sí. Dejen que sea su enfoque principal.

Su voz se apagó cuando los estudiantes, congelados en su lugar con ojos abiertos y con expresiones atentas y en alerta, comenzaron a moverse de nuevo, volviéndose unos a otros, reanudando sus conversaciones susurradas y nerviosas, aunque con una nueva nota de alivio en el aire. Merlín era el mago más poderoso (y el único hechicero viviente) en todo el mundo mágico. Si a él no le preocupaba, tal vez el mundo no estuviera a punto de desmoronarse en los oídos de todos.

Pero mientras James subía por las escaleras llenas de gente hasta la sala común de Gryffindor, pasando por los grupos más lentos de estudiantes que charlaban con urgencia, observando las miradas inquietas de decenas de retratos, pensó en el comentario de Merlín durante el primer año de James. El último décimo de magia, había dicho, era pura bravuconería sin adulterar.

Merlín no podía saber cuánto tiempo les podría tomar a los centauros para montar sus fuerzas contra la escuela. No podía saber si iban a comprometerse en la diplomacia con los embajadores del Ministerio. De acuerdo con lo que James acababa de oír en el patio, pensó que era extremadamente improbable, de hecho. La diplomacia había terminado en el momento en que Jakhar y sus asesores se habían dado la vuelta y alejado, llevando a sus tropas al Bosque, dejando su advertencia y promesa sonando en el aire detrás de ellos.

Y, por supuesto, James era una de las pocas personas que sabían que, si bien Merlín podía ser el único *hechicero* viviente del mundo, también había una *hechicera* viva allí. Y quién sabía qué podría hacer a raíz de esta noticia. O incluso si era de alguna manera una parte de su plan.

Al día siguiente fue martes, y las dos primeras clases de James, Pociones y Estudios Muggles, fueron canceladas, reemplazadas por períodos de estudio en la biblioteca súbitamente muy concurrida. El gruñido de susurros y el barajar de chismosos estudiantes de mesa en mesa, era nominalmente supervisado por la bibliotecaria e, inexplicablemente, por la profesora Revalvier.

—El resto de los maestros están en una especie de reunión de sala de guerra, he oído, —le susurró Rose a James, observando un libro abierto. —El Ministerio está en un completo alboroto desde las noticias de anoche. Están enviando nuevos vigilantes, entre ellos algunos Harrier retirados y Aurores. Los profesores lo odian, pero también están

preocupados. Todos ellos están hoy en una clase obligatoria de entrenamiento de respuesta de emergencia con el Director Merlinus.

Ralph miró por encima del hombro hacia el escritorio de referencia. —Entonces si es obligatorio, ¿por qué la profesora Revalvier está aquí?

Rose bajó aún más la voz. —Ella es pacifista, dicen. No levantará una varita contra otra persona o criatura si es en nombre de la guerra. Puede perder su puesto por eso, pero dice que vale la pena para dar un ejemplo a los estudiantes.

James sacudió la cabeza, consternado, y luego se volvió hacia Rose. —¿Cómo sabes todo eso?

—Le pregunto a la gente adecuada, —Rose se encogió de hombros. —Vale la pena ser la favorita para media docena de profesores. Limpio las pizarras mágicamente y acomodo sus libros y me cuentan. Es como ser un barman.

Al final de la semana, con los Centauros todavía esperando su tiempo misteriosamente en el Bosque, la vida había vuelto a lo que actualmente pasaba por normal. La torre de vigilancia había sido reconstruida a una distancia segura del lago y la vigilancia, ahora ampliada, patrullaba de dos en dos a lo largo de todas las horas del día y de la noche. El último fin de semana de Hogsmeade llegó y se fue cuando la primavera finalmente rompió su agarre húmedo sobre los terrenos, concediendo los primeros días realmente soleados y dejando flores y hierba exuberantes a través de los terrenos. Las sesiones de estudio en la biblioteca se reanudaron cuando los exámenes ÉXTASIS crecieron inminentemente. El primero ocurrió temprano, cuando el Sr. Twycross, experto en Desaparición del Ministerio, concluyó su clase y se dispuso a desembarcar. Cuando llegó el momento del examen de James, Apareció con éxito en el aula, sin dejar siquiera el mínimo rastro de escape mágico.

—Excelente forma, Sr. Potter, —Twycross asintió cortante, claramente impresionado. —Podría creerse que había estado Apareciendo durante años.

James sonrió un poco culpable, pensando en su experiencia de medianoche en el Callejón Diagon semanas antes. Esa noche, la necesidad había sido un muy buen maestro. En comparación, el salto a través del aula parecía tan difícil como flotar en una escoba.

El Quidditch Nocturno se recuperó cuando el tiempo mejoró, con Gryffindor apenas liderando en la clasificación contra el equipo Hufflepuff, capitaneado por la irrefrenable Julien Jackson. Jackson, que inicialmente había sido reacia a permitir el juego mágico en los partidos, era ahora igual a James en su capacidad para lanzar Pozos de Gravedad y maldiciones Fusiona Huesos. Además, se había ido a estudiar las oscuras revistas de



Clutchcudgel de Estados Unidos con el fin de aprender todos los nuevos hechizos, incluyendo una versión desagradable de la Knuckler que hacía que los dedos de una persona se flexionaran hacia atrás (lo que hace imposible sostener la clutch o el bate de un Golpeador) y un maleficio fantasma que creaba duplicados al azar del jugador que lo lanzaba, sin ninguna manera de saber cuál era el original. Enseñó los hechizos a sus compañeros de equipo, pero los mantuvo bajo vigilancia de ser descubiertos por otros equipos. James estaba molesto por la devoción de ella, sobre todo porque se sentía demasiado distraído para hacer tales esfuerzos por sí mismo.

Por su parte, Ralph continuó hostigándose ante la existencia del Quidditch Nocturno, prometiendo que si alguna vez se enteraba de cuándo iba a ocurrir un partido, sería su deber "como Premio Anual y ciudadano mágico" clausurarlo. James ponía los ojos en blanco ante estas proclamas, eligiendo creer que Ralph las hacía principalmente por deber, no por determinación. De hecho, con la vigilancia patrullando las instalaciones veinticuatro horas al día, los equipos del Quidditch Nocturno se habían visto obligados a recurrir a sus propios guardias, para advertir de patrullas entrantes y así los equipos podían correr a esconderse en las tribunas cada media hora o así, mirando por encima de los pasamanos mientras los vigilantes pasaban inconscientemente por debajo.

James pensaba a menudo en su reciente reunión con Merlín, durante la cual casi le había dicho al director todo lo que sabía... solo se le había impedido decir, de hecho, por la increíble intrusión tanto de la Gente del agua como de los Centauros. El momento de esos acontecimientos, pensó James, parecía simplemente demasiado coincidente para ser al azar. Y sin embargo, no podía imaginar cómo podía ser cualquier otra cosa. Nadie más sabía lo que él y el director habían estado discutiendo, e incluso si lo hubieran hecho, ¿quién podría haber orquestado semejante conspiración con dos sociedades tan independientes e irascibles como la Gente del agua y los Centauros?

Sin embargo, se preguntaba si había sido una bendición o una maldición que le hubieran interrumpido antes de decirle a Merlín el secreto de la relación de Albus y Odin-Vann con Petra, la Ofrenda y el Arquitecto, según él. A veces pensaba en buscar al director y decirle después de todo. Otras veces, trataba de mantenerse lo más discreto posible, esperando que Merlín se olvidara de todo.

Por su parte, Merlín parecía más ocupado de lo que había estado antes. Estaba constantemente en reuniones, o moviéndose de un lugar a otro con los miembros de la guardia, o viajando a lo largo y ancho consultando con las administraciones mágicas y las fuerzas de seguridad en toda Europa. Y sin embargo, de alguna manera, el viejo hechicero parecía más comprometido y animado de lo que James lo había conocido. Habían pasado mil años desde que Merlín había sido parte de una guerra mágica. Tal



vez, por más desalentador que pareciera, él lo había extrañado. Era un estratega de corazón, después de todo, un hombre de acción con profundos instintos de batalla. Puede que no le diera la bienvenida a los enfrentamientos que se avecinaban, siempre y cuando ocurrieran, pero él sabría cómo manejarlos. Hasta entonces, estaba contento con sus deberes y la competencia de sus habilidades.

Odin-Vann desapareció por una semana completa. James no lo sabía hasta que las clases del joven profesor fueron canceladas un día, y luego conducidas los siguientes días por el profesor Votary como suplente.

—Enfermo, me dicen, —Votary aspiró con una nota de desaprobación. —Y contagioso también, puesto en cuarentena en sus aposentos sin permiso de visitas. Yo mismo espero que el joven solo sufra de una mera alergia estacional a la espuma. Es la temporada. Pero está lejos de mí juzgar la habilidad de otro profesor para funcionar cuando está enfermo. —colocó su mochila sobre el escritorio para mayor énfasis.

Graham se inclinó a un lado y susurró, —He oído que tiene viruela de dragón. Estornudando sus entrañas a través de sus orejas y en cada otro orificio.

—Eres asqueroso, —Kendra Corner puso los ojos en blanco.

Más tarde aquella noche, James y Rose se dirigieron a través de los pasillos a la puerta de Odin-Vann. Por supuesto, podían oír el inconfundible sonido de estornudos desgarradores desde dentro, la fuerza de ellos sacudiendo visiblemente la vieja puerta. Tentativamente, Rose tocó.

— ¿Podemos traerle algo, profesor?

Esperaron, pero Odin-Vann no respondió. Unos instantes más tarde, otro estornudo racheado osciló la puerta en su marco. Rose miró a James, su rostro grabado con sospecha.

James comprendió, y una sensación de profunda consternación lo enfrió. Algo estaba estornudando en los aposentos de Odin-Vann, pero no era el profesor. Tal vez era una grabación de algún tipo, o incluso un Augurey entrenado para repetir el mismo ruido violento al azar. De cualquier manera, el profesor no estaba allí. Y James tenía la terrible sensación de que sabía dónde estaba.

Odin-Vann estaba en América, con Petra. Finalmente estaban completando su tarea, entrando al Salón de Archivos de Alma Aleron y descendiendo a la Bóveda de los Destinos, donde el Telar detenido los esperaba. Restaurarían el hilo carmesí simbólico, usando cualquier magia complicada necesaria para la tarea, y restablecerían el Telar.

Entonces Petra, el hilo carmesí vivo, sería arrancada del mundo y enviada a cualquier dimensión más oscura de la que procediera Morgana, la otra Petra.

— ¿Tal vez ya ha ocurrido? —preguntó Rose en un susurro.

James sacudió la cabeza. —Lo habríamos sentido. ¿No es así? Todo el punto es que este maldito destino sea deshecho y reemplazado con nuestra historia original. Pero nada ha cambiado. ¿O, incluso sabríamos si lo había hecho?

Rose simplemente se encogió de hombros. Como él, estaba preocupada. Pero James también estaba en conflicto. *Él* quería ser el que ayudara a Petra durante sus últimos momentos en este mundo, no Odin-Vann. *Quería* mirarla a los ojos cuando ella saliera de su hogar dimensional, y de él, para siempre. Quería, más que nada, simplemente decir adiós.

Pero eso no había sucedido, al parecer. Cuando Odin-Vann regresara, de una forma u otra, estaría hecho.

Mientras volvían apresuradamente a través de los oscuros pasillos, Rose preguntó, —¿Y qué hay de Albus? Se supone que tiene que hacer algo, ¿verdad? Solo que todavía está aquí. Lo vimos hace una hora en la cena, deprimido al final de la mesa de Slytherin, tan trágico y malhumorado como siempre.

James sacudió la cabeza y se encogió de hombros. —Quizá no fuera más que un seguro a prueba de fallos. Tal vez ella realmente no lo necesitaba. O tal vez pueda desempeñar su papel desde aquí. ¿Quién sabe?

James quería desesperadamente preguntar directamente a su hermano, pero el ánimo de Albus se había vuelto más oscuro y recluso desde su ruptura con Chance Jackson. Cuando apareció a la hora de comer, se sentó solo, con la frente baja y los ojos clavados en el espacio. Cuando James se le acercó, Albus se alejó, enojado o evasivo. Tal vez sabía lo que James quería hacer y no tenía intención de responder. James podría haber perseguido a su hermano, por supuesto, exigiendo hablar con él. Y sin embargo, una parte enterrada de él, callada pero persistente, lo retuvo, susurrando que cuanto menos lo supiera, más tiempo se podría retrasar lo inevitable.

La verdad arribó a James un viernes, mientras corría a lo largo del pasillo hacia Adivinación, su última clase del día. Algo pequeño y duro rebotó en la parte de atrás de su cabeza, sorprendiéndole de modo que casi dejó caer la bola de cristal en su mano. Se detuvo y se dio la vuelta, tocando con su mano libre en la parte posterior de su cabeza.

En el suelo detrás de él, una insignia pequeña brillaba bajo el sol. Estaba en forma de escudo y grabada con las letras V.J. Mientras observaba, la insignia se deslizó en el

suelo, giró alrededor, luego se lanzó hacia atrás en el aire. Se metió en la mano de Edgar Edgecombe, quien estaba junto a la pared del fondo, con la varita en la mano. El chico sonrió a James, sus ojos entrecerrados maliciosamente. A su derecha, Polly Heathrow rió dentro del dorso de su mano. Quincy Ogden frunció el ceño a James desde la izquierda de Edgecombe, con la barbilla levantada desafiante.

—Ustedes, pequeños... —comenzó James, su rostro calentándose de rabia. —¿Cuál es su problema? —las palabras salieron mucho más alto y con fuerza de lo que pretendía, haciendo que los estudiantes dejaran de caminar, con ojos repentinamente agudos.

—No hicimos nada, —dijo Heathrow, su voz nasal alta y presumida. —Tienes nargles en el cerebro, eso es todo. Estaban golpeando por salir.

Riéndose, Edgecombe volvió a colocar su insignia en su túnica. —Vamos, Potter. Antes de que nos molestemos y denunciemos todo el montón de tu estúpida liga del Quidditch Nocturno a las autoridades. A ver si no lo hacemos.

James sabía que el chico estaba tratando de provocarlo, y sabía igualmente que no debía permitirlo. Pero estaba enfadado y harto, y ya se sentía desamparado por tantas otras cosas. Sentía el peso de su varita en su túnica y ansiaba sacarla, para blandirla ante el horrible y pequeño cretino y sus dos malcriados amigos.

—¿Qué significa el Quidditch Nocturno para él? —Ogden se burló. —Está *acostumbrado* a hacer pagar a otras personas por sus estúpidas ideas. A veces incluso permite que otras personas *mueran* por ellos.

James sintió una barra de hielo en la espina dorsal con las palabras de Ogden. Se quedó inmóvil durante un momento mientras cada ojo vigilante se volvía hacia él. Abrió la boca para responder, pero Heathrow habló primero, alzando su estridente voz en una parodia de aflicción.

—¡Oh, boo-hoo, mi prima está muerta! —exclamó ella desagradablemente, levantando la cabeza y llevando una mano a su delgado pecho. —¡Todo el mundo siente lástima por mí, porque mi prima fue asesina por entrometerse en cosas de las que no tenía derecho! Soy un héroe trágico, ¿no lo saben? ¿Quién más quiere morir para probarlo?

Las manos de James se movieron por sí solas. Oyó el crujido de la bola de cristal cuando cayó al suelo y se rompió, vio la embestida de su propia varita mientras la señalaba a Heathrow, luego a Edgecombe mientras el chico se echaba a reír, ciego ante el furioso acercamiento de James. Solo Ogden vio y respondió, azotando su propia varita hacia adelante y señalándola en la cara de James.



Ambos dispararon al mismo tiempo... James, una maldición explosiva; Ogden, un hechizo de sujeción corporal...y ambos encantamientos chisporrotearon a través del espacio entre ellos, iluminando las paredes y las caras de los sorprendidos observadores con rojo brillante y eléctrico púrpura.

Y en ese preciso momento, un terremoto sacudió el suelo, intenso y súbito. Las ventanas resonaron en sus marcos. Las hierbas de más allá se estremecieron, ondulando a través de los terrenos. Las hojas de los árboles en el Bosque Prohibido se agitaron y los pájaros volaron asustados desde sus nidos.

Y ni los hechizos de los chicos alcanzaron sus objetivos.

Mientras James miraba, las maldiciones se detuvieron en el aire, flotando y chisporroteando con energía, como si estuvieran de repente suspendidas en gelatina.

Había un perfecto silencio aparte del zumbido de los hechizos congelados. Nadie había visto ni sentido semejante cosa antes. James tuvo un momento para preguntarse si Merlín estaba involucrado. Incluso echó un vistazo a su alrededor, buscando si el hechicero estaba de pie cerca, con su bastón en la mano, ejerciendo una especie de fuerza amortiguadora sobre las maldiciones de los chicos, causando el espantoso temblor que acababa de sacudir el mundo.

El director no estaba a la vista.

Cautelosamente, con suavidad, Sanjey Yadev atravesó la multitud de observadores atónitos, acercándose a los hechizos donde colgaban en el espacio. Levantó su varita a ellos, menos como un instrumento mágico, y más como una rama de árbol con la cual empujar una araña para ver si estaba muerta. Cuando la punta de su varita se acercó al hechizo *Confringo* de James, este se derrumbó sobre sí mismo, desintegrándose en polvo y cayendo inútilmente lejos.

Una fracción de segundo después, el hechizo de Ogden hizo lo mismo.

El silencio que siguió quedó sin aliento y confuso.

Y luego, distante, el silencio fue interrumpido por un coro de gritos lejanos y aullidos de sorpresa.

Como una sola masa, la muchedumbre de estudiantes se apresuró a las ventanas a lo largo de la pared del pasillo, mirando hacia fuera en la luz del sol. James no vio nada al principio. Entonces, con una sacudida, vio algo que caía hacia el campo de Quidditch. Era una persona en una escoba, dando vueltas al final, seguido por dos más y un par de

Bludgers, cayendo como piedras. Pasaron junto a una franja de árboles, ahorrando a todos la vista de ellos que se estrellaban en el terreno de juego.

—Sus escobas dejaron de funcionar, —dijo Graham Warton con voz alta e incrédula. —¡Estaban practicando para el partido de mañana, eran los Slytherin! ¡Y sus escobas se perdieron! ¿Lo viste?

James todavía tenía su varita en la mano. La levantó de repente.

—*Lumos*, —ordenó con voz seca.

No pasó nada. Su varita sobresalía inútilmente de su mano, tan muerta como un palo.

Levantó la vista de ella, un temor de repente llenando su pecho, y su mirada se encontró con Rose mientras ella empujaba a través de la multitud, viniendo a su lado.

—¡Miren! —dijo Nolan Beetlebrick de pronto, señalando de nuevo la ventana. —¿Lo ven?

James apretó su cara contra el cristal cuando Rose se apiñó a su lado.

Esta vez fueron los invernaderos. Estaban temblando como si fueran dientes en una tormenta de viento, estrangulándose de modo que sus paneles de cristal vibraban y se agrietaban. Algunos comenzaron a romperse en lugares, con fragmentos destrozados por largos tentáculos frondosos y vides espinosas. Cualesquiera que fuesen las plantas capaces de moverse, estaban golpeando el cristal, esforzándose por liberarse, rompiendo y bullendo hacia arriba en retorcidas y trepadoras masas.

El profesor Longbottom irrumpió a través de la puerta del invernadero central, con sus ropas rasgadas, vides verdes torcidas alrededor de sus brazos y piernas. Las golpeó, las tiró y las arrojó al suelo, golpeando los pedazos que se retorcían y sacó su varita. La apuntó de vuelta al invernadero, pareció llamar un hechizo, y luego la levantó, examinándola en silenciosa sorpresa como si nada sucediera.

Poco sabía James, en ese momento, de la magnitud del acontecimiento, ya que sus diversos efectos ocurrieron en todo el mundo.

En la cercana Hogsmeade, un grupo de tres excursionistas Muggle tropezaron en Calle Mayor, encontrándose repentinamente con una aldea misteriosa en la que solo había habido densos árboles pincelados momentos antes. Entraron en la puerta desbloqueada de Las Tres Escobas, con los ojos abiertos y la mandíbula boquiabierta, mientras Madame Rosmerta gritaba inútilmente, —¿Quiénes son ustedes? ¡No deberían estar aquí, ahora! ¡No deberían *estar* aquí!



En Londres, la pared de ladrillo recientemente reparada que separaba el Callejón Diagon de la ciudad de los Muggles se agrietó, se inclinó y luego se derrumbó bajo una lluvia de polvo, ladrillos secos y mortero fresco. El propietario del Caldero Chorreante, un viejo mago con una nariz del tamaño y la textura de una naranja, miró por la parte trasera de su establecimiento, echó un vistazo a la pared demolida, y luego se apresuró al frente, sujetándose la gorra de un viejo pescador sobre su cabeza y dejando una señal oscilante en la bloqueada puerta principal: CERRADO HASTA NUEVO AVISO, O EL FIN DEL UNIVERSO, LO QUE VENGA PRIMERO.

En la recién reabierta y repoblada ciudad de Nueva York, miles de habitantes Muggles levantaron la vista luego del breve terremoto que acababa de desaparecer, parpadeando ante la vista de innumerables señales y establecimientos extraños que se materializaban en toda la ciudad Muggle, junto con las calles suspendidas de los autobuses que volaban y de los jinetes de escoba, muchos ahora luchando por permanecer en lo alto mientras que el campo mágico del mundo chasqueaba desastrosamente. Un tal Muggle, un viejo taxista de origen pakistaní con una gorra de tweed presionada sobre su grueso cabello canoso, suspiró y sacudió la cabeza con cansancio. —No otra vez, —murmuró para sí mismo, cuando gritos de temor y terror comenzaron a levantarse en las calles de alrededor.

En Filadelfia, donde el terremoto había sido el peor de todos, las calles se abultaron y las ventanas se rompieron por bloques en todas direcciones, mientras un diminuto y vacío lote rodeado por un viejo muro de piedra se expandió repentinamente, volando en varios bloques cuadrados, empujando a un lado el espacio y el tiempo como un erupent a un autobús. Los vehículos se detuvieron bruscamente o se estrellaron entre ellos cuando las calles se desplazaron, bloques enteros se reacomodaron, las señales de la calle giraron, se reorientaron y nuevos nombres surgieron por completo.

Y centrada por encima de todo, una repentina tormenta lanzaba oleadas de nubes hirviendo sobre la ciudad, arremolinándose y girando en espiral sobre un solo punto oscuro, formando una especie de compás metafísico apuntando no al verdadero norte, sino al eje sobre el cual la rueda del tiempo y el destino giraban en un extraño y antiguo dispositivo enterrado bajo la cúpula de piedra del Salón de Archivos de Alma Aleron.

En la oscuridad, debajo de aquella cúpula, a doscientos pies hacia abajo, rodeada de lloviznas de arena y crujidos de piedra cuando las gradas y las escaleras de hierro se inclinaron desmoronadas y empezaron a chocar contra sí mismas, dos voces se llamaron entre sí alarmadas.

— *¿Destruído?* —gritó Petra Morganstern, su cabello gris de polvo, sus ojos salvajes de horror y sorpresa. — *¿Cómo puede estar destruido el Telar?*



—Sabotaje, —dijo Donofrio Odin-Vann jadeando, con la cara sangrando por un amplio corte en la frente. Cojeaba hacia ella desde la ruina de la Bóveda donde sus hojas de latón y cristal se deformaban en sí mismas, se rompían, o se derretían en un resplandeciente lodo por la fuerza de la explosión mágica que acababa de sacudir toda la tierra. —Alguien, de alguna manera... sabían que íbamos a venir. Implantaron una reacción en cadena tecnomántica. La cual se desencadenó al momento en que nos acercamos con el hilo y comenzó el hechizo para reemplazarlo...

Detrás de él, y por todas partes, las paredes temblaban violentamente. Un apagado rugido resonó desde lo alto, cuando los niveles comenzaron a colapsarse unos sobre otros como dominó, desintegrándose y aplastando miles de antiguas reliquias de valor inestimable con sus recuerdos almacenados.

Los ojos de Petra se encendieron con furia y desespero. —Pero ¿cómo es eso posible? ¡Quién podría haberlo sabido! ¿Por qué habrían arriesgado el equilibrio del mundo entero solo para detenerme?

Odin-Vann la agarró del brazo y empezó a alejarla del Telar destruido. Un gruñido de hilos desgastados y tapicería rota ahumaba desde la ruina. El Telar en sí no era más que un marco ardiente carbonizado. —¡No importa! ¡Ahora no! ¡Debemos irnos antes de que todo el lugar caiga sobre nuestras cabezas!

—¡No! —Petra gritó furiosa, inmóvil como piedra, con los ojos humeantes como hielo seco. —¡No puede haber terminado! ¡No puedo parar!

—¡Hay otra manera! —gritó Odin-Vann, sacudiéndola y haciéndole mirar su cara. —Va a costar mucho, pero ¡hay una última opción que nunca te dije! ¡Un último recurso! ¡Pero solo si nos vamos ahora!

Petra lo fulminó con la mirada, parecía que se elevaba sobre él, con sus ojos brillantes de rabia. Y luego, con una temblorosa exhalación, el deslumbrante resplandor cayó y ella volvió a ser una joven trémula, sucia y sangrante por media docena de rasguños. Temblando, preguntó, —¿Aún hay otra manera?

—Una terrible manera, —Odin-Vann admitió a regañadientes, palpando la sangre de su cara. —Una *indescriptible* manera. Un camino para desgarrar las dimensiones abiertas que nadie ha intentado nunca, porque es solo una manera, y el costo será grande. Pero si dejamos este avión ahora, Petra... quizá podamos hacerlo.

En una voz más pequeña y extrañamente juvenil, ella preguntó, —¿Podemos recuperar el broche de mi padre antes de que lo hagamos?



Odin-Vann se encogió cuando más del edificio empezó a ceder detrás de él. — Haremos lo que sea necesario, —murmuró con voz ronca. —Pero tenemos que salir en este segundo. Tu Horrocruz puede salvarte. Pero este lugar está a punto de matarme permanentemente.

El Archivo empezó a hundirse a su alrededor. Cada superficie borrosa e inclinada, se rompió y chirrió fuera de lugar. La muerte del edificio subterráneo era un rugido sostenido, que crecía, sacudía el aire mismo.

Petra cogió la mano de Odin-Vann. Detrás de ella, el espacio se abrió en una fractura cegadora, formando una puerta áspera en un lugar más tranquilo, un mirador soleado con el parpadeo de agua detrás de él. Se giró hacia la grieta, sabiendo que estaría allí, y pasó a través, llevando al joven con ella.

Muy por encima, la cúpula del Archivo cedió. Sus pilares circundantes se inclinaron hacia adentro, cayendo pesadamente en el enorme pozo que había debajo, incluso cuando un volcán de polvo y arena se disparó de él, alcanzando el hervor de las magulladas nubes de arriba.

Y con eso, la acción que había comenzado cuatro años antes, al fin se completó: la rueda del destino finalmente, hizo una completa y fatal parada.

En la facultad de medicina de Alma Aleron, una anciana mujer cajún se sentó en la silla junto a su cama. Por primera vez en años, la mente de Madame Delacroix volvió a enfocarse tan maligna, aguda y perversa como siempre. Volvió su mirada ciega hacia la diminuta ventana con barrotes y al hervor de las nubes de arriba, y una sonrisa lenta e indefensa se extendió sobre su cara, mostrando todos sus dientes torcidos y amarillos.

En la habitación que estaba directamente encima de ella, Nastasia Hendricks... o lo que quedaba de ella, que aún se estaba desperdiciando en los años desde que su mitad más liviana había sido asesinada... estaba atada en su cama y sus locos ojos brillaban con alerta. Se desanudó la mandíbula y emitió un grito de risa, arañó su rostro, incluso cuando sus ojos se llenaron de lágrimas y rodaron, tanto regocijados como horrorizados en igual medida.

Al cesar la destrucción del Archivo, la esclusa del tiempo de Alma Aleron tembló de nuevo y se reafirmó. El lote y su muro de piedra volvieron a su original forma diminuta, absorbiendo la ciudad de Filadelfia en torno a ella, rompiendo más ventanas, liberando las calles rebeldes, y dejando atónitos, mareados, estupefactos y parpadeando a los de Filadelfia.

La ciudad mágica de Nueva Ámsterdam desapareció nuevamente, tragada otra vez por su nuevo y reforzado campo secreto. El viejo taxista pakistaní estaba parado en la



puerta abierta de su taxi amarillo, mirando a su alrededor mientras los observadores atónitos fruncían el ceño, preguntándose sin decirse si todos esos lugares extraños habían estado realmente allí, o si habían sido simplemente otro engaño masivo.

El taxi se estremeció cuando un hombre cayó en el asiento trasero, cerrando la puerta detrás de él. El taxista pakistaní se inclinó y miró hacia la parte trasera de su coche. Allí, un hombre delgado en un abrigo de trincheras y un viejo sombrero fedora se encontró con su mirada, con la cara tensa pero compuesta.

—Te pagaré cien simoleones para que salgamos de la ciudad tan rápido como pueda rodar este barco, —dijo, sosteniendo un fino fajo de billetes.

—¿Qué dirección? —preguntó el taxista, un poco sin aliento.

—*Cualquier* dirección, —respondió Marshall Parris. —Y si eres inteligente, amigo mío, no regresarás después.

A un océano de distancia, detrás del Caldero Chorreante, el montón de ladrillos rotos se estremeció, vibró y con cierta dificultad, comenzó a ensamblarse nuevamente en una pared, una vez más, por última vez, cerrando el Callejón Diagon de curiosos ojos Muggles.

Hogsmeade resplandeció y desapareció de nuevo en la intrazabilidad, dejando a los tres excursionistas deslumbrados y confundidos, donde solo momentos antes habían estado discutiendo en voz alta con Madame Rosemerta sobre el uso de su aparentemente inexistente teléfono. Ahora, se encontraban apretados en un matorral tan denso que parecía forzarlos físicamente a retroceder, tropezando, arañados con horribles espinas y zarzas.

Y en los invernaderos de Hogwarts, las plantas enloquecidas comenzaron a instalarse, retirándose lentamente, retractando sus vides en rizos tímidos.

Sostenida en la atónita mano de James, su varita de repente y silenciosamente estalló, brillando con el hechizo *Lumos* que había invocado momentos antes. Atónito y profundamente preocupado, levantó su varita y la miró.

Rose levantó sus ojos de la varita en sus manos a la cara de él. —¿Qué... fue *eso*? —preguntó en un simple susurro, casi pronunciando las palabras.

James negó débilmente con la cabeza. No tenía ni idea, aunque pronto conocería la verdad. Por ahora, simplemente tenía una profunda sensación de hundimiento de que, fuera lo que fuera que acababa de suceder, era el comienzo del fin último.

Y en eso, por supuesto, estaba tristemente en lo correcto.

